

# Carta imposible a José Carlos Becerra

Juan Vicente Melo

LO TERRIBLE AHORA, José Carlos, es que todos estamos escribiendo sobre ti, haciendo memoria, recordándote. Me asustan esos homenajes, sinceros sin duda, pero en el fondo terribles porque nos abofetean confirmando tu silencio, tu ausencia. Es injusto el olvido, de acuerdo, pero acaso lo es más tener que recordarte empleando un tiempo que no podrá ser nunca más presente. Por otra parte, pienso que aparecieron muy pocos comentarios (aunque algunos de ellos fueron inteligentes) con motivo de la publicación de *Relación de los hechos*, ése libro tuyo y nuestro tan importante, tan hermoso: ese es uno de los momentos en que hay que escribir, entre otras cosas para decir, nada más y nada menos, “Gracias”. Pero, ya ves, aquí estoy yo también hablando de ti, intentando recuperarte, diciéndote que como todos tus amigos, como todos tus hermanos, hubiera querido guiarte (a pesar de mi miopía) por esa carretera italiana, advertirte los peligros, anunciarte que cada vez estaba más próximo el puerto (Brindisi, Brindis) donde tomarías la pequeña embarcación que te llevaría a Grecia. Cada quien estaba en lo que estaba: yo aquí, viviendo los días, viviendo y sobreviviendo; tú allá, en tu automóvil por una carretera italiana, buscando, adivinando, reconociendo.

Me vas a hacer mucha falta, José Carlos, hermano. Entre otras cosas, de ti aprendí, en momentos difíciles, que no

fueron pocos, una súbita alegría desmesurada por estar y saberme vivo, una limitada confianza en los que orgullosamente llamábamos “nuestras obras maestras”, el aprendizaje de una sabiduría para establecer la distancia crítica entre yo y el mundo, yo y los otros y, sobre todo, conmigo mismo. Y ese deslumbramiento al rojo blanco frente a las obras de tus grandes autores que a veces compartíamos.

El día en que José de la Colina nos presentó “oficialmente” (Ah, qué tal; al fin nos vemos maestro, aquí traigo otro ejemplar de mi libro) supimos cabalmente que ya nos conocíamos desde antes.

Por una parte, nuestra amistad podría considerarse inevitable por venimos de herencia: tu familia y la mía han tenido, desde hace muchos años, lazos comunes y un afecto tan estrecho que a no pocos de sus integrantes les llamamos “tíos”.

Cuando recordábamos muchas terribles y maravillosas anécdotas familiares las sentíamos de pertenencia intercambiable: si modificábamos los nombres, esto, aquello o lo otro podría haber sucedido en una de ellas. (Aprovéchalas, me decías, para próxima novela. Es Faulkner puro. Cien mil años de soledad.) Por otra parte, nos ligaban lecturas, pasiones cinematográficas, gustos musicales. Y a partir de entonces *Relación de los hechos*, ese libro tuyo y nuestro.



Me va a hacer falta tu alegría, al oírte burlar de muchos de los poetas que más respetabas, tu “número” de torero en las fiestas, tu manera de favorecer el contagio de asombrarse al descubrir que “hoy es otro día, distinto, maravilloso”.

No quiero pensar en esa carretera italiana. Prefiero tenerte presente en aquel inolvidable viaje a Veracruz, en la competencia que sostuviste con Tomás Segovia desafiando a los trovadores jarocho que les improvisan aquellas rimas inauditas. Prefiero oírte decir esas coplas con tu inevitable acento de poeta de la Chontalpa. Prefiero verte caminando sobre las aguas de la laguna de Mandinga cegado por el sol, sonriendo.

Anoche releí tu libro, nuestro libro. Voy a escribir sobre él. No porque sea una obligación, sino porque realmente lo necesito. Aunque sólo te diga “Gracias”, que al fin y al cabo es lo que uno debe decir cuando lee un gran libro de poesía.

Te iba a decir algo... “cogí la pluma para eso, cogí mi alma para eso”.•

JUAN VICENTE MELO fue un fino narrador, esencial en la generación de medio siglo. Entre sus escasos libros destaca *La rueca de Onfalia*.

Se publicó en mayo de 1996.